

CUENTAN que un niño rico y un niño pobre coincidieron el Día de Reyes y se contaron sus impresiones durante esa jornada. El niño rico era pesimista y el niño pobre muy optimista. Al niño rico le habían regalado un automóvil de juguete, que poseía autonomía mediante una batería adosada, y el niño rico se quejaba de su escasa duración. “Es una lata. A los quince minutos se descarga la batería, y hay que volverla a cargar. Y tarda casi una

LUIS DEL VAL



Optimismo patético

hora. Es un aburrimiento”.

El niño pobre, optimista como siempre, intentó convencer al niño rico de la suerte que tenía de poseer un juguete tan sofis-

ticado y tan maravilloso, pero el niño rico se resistía a aceptar sus razonamientos e insistía en los inconvenientes.

Llegó un momento en que la desazón del uno y el entusiasmo del otro se veía que no podían coincidir y, entonces, el niño rico le preguntó al niño pobre cuál había sido el presente de los Reyes Magos, y el niño pobre rompió a hablar entusiasmado y gozoso. En realidad, al niño pobre, precisamente por las condiciones

miserables en las que vivía su familia, sus padres no le habían podido comprar nada. Sucedió que, nada más despertarse, preguntó ilusionado a sus padres qué le había traído los Reyes, y su padre, avergonzado, le dijo que saliera a la calle que seguramente estaría allí, si nadie lo había robado. El niño, corrió a la puerta de la humilde chozilla, abrió la puerta de cañas y lona, y se encontró con los humeantes restos de la defecación de una mula, que había aliviado

su vientre antes de que su dueño, un gitano vecino que habitaba en una chabola próxima, la llevara a vender o a cambiar.

El niño pobre se sintió excitado ante la visión de aquellas boñigas y, rápidamente, recorrió los alrededores, en busca del auténtico regalo. La excitación le duraba todavía cuando le explicó al niño rico: “Me han traído de regalo un caballo. Pero he tardado tanto en abrir la puerta, que se me ha escapado. Pero lo encontraré”.

¿Qué es lo importante?

TODO ES relativo en éste mundo. Las personas y las cosas son importantes en la medida que nosotros las hacemos importantes. Indudablemente las personas nos importan o deben de importarnos más que las cosas, aunque a veces para determinadas personas, esa regla se rompe y son las cosas lo primero. No hay nada más que pensar en el dinero. Para los traficantes de droga, por poner un ejemplo palmario, prima más la consecución de grandes cantidades de dinero, que el mal que se puede causar a muchas personas. Y quien dice esto podría hacer alusión a otros muchos casos más como el tráfico de blancas, en lo que lo que menos importa es la degradación del ser humano y prima su explotación, convirtiendo a aquel en un mero objeto que sirve para el enriquecimiento de unos pocos, y así, un largo etc. Pero lo normal es que el cariño hacia determinadas seres más allegados a nosotros por razón de sangre, de amor o de amistad, priorice nuestros sentimientos. Y en cuanto a las cosas, esa priorización viene dada por su valor en si o por motivos sentimentales. Y todo esto no es más que una faceta de la presencia humana en este mundo por la que se han preocupado no solo todas las religiones sino los distintos movimientos filosóficos desde la antigüedad hasta nues-

ENRIQUE MORA MORÁNDEIRA



Lo normal es que el cariño hacia determinadas seres más allegados a nosotros por razón de sangre, de amor o de amistad, priorice nuestros sentimientos.

tros días.

La consecuencia de todo ello debe ser la de que debemos de conocer el mundo en el nos encontramos para de este modo encontrar nuestro propio lugar en el mismo, aprender a desarrollar nuestras actividades y nuestras acciones. Este es para muchos filósofos uno de los fines primordiales de la filosofía.

Los antiguos griegos dieron a esta tarea el nombre de “theoría” que viene a significar algo así como “yo veo las cosas divinas”, concepto que usaron los “estoi-

cos” para llevarnos al camino del esfuerzo para llegar a poder ver que hay de divino en la cotidiana realidad que nos rodea y que junto con la “armonía” y el “orden justo y bello”, forman lo que denominaban “cosmos” y que aplicaban a la concepción del mundo y como entender este. Esa comprensión vendría de comparar al universo con un animal gigantesco en el que cada órgano y cada elemento del mismo estaría dispuesto armónicamente dentro del conjunto, como lo está en cada ser humano. Contemplar el universo sería como hacerlo de un ser vivo. En la medida en que la naturaleza es armoniosa salvo excepciones, podría servirnos de modelo de comportamiento a los hombres, acerca de esa priorización de que hablábamos al comenzar este artículo. Y en ese sentido el creador de la escuela estoica Zenón de Citio, decía que “Las cosas celestes y aquellas otras cuyo orden es invariable no pueden haber sido hechas por el hombre”.

Nuestro comportamiento ético debe ajustarse a esa armonía cósmica y eso nos llevará a discernir que es lo importante y cual es lo secundario, y como debemos de actuar al respecto. Quizás inspirándose en esa teoría, el sabio Cicerón en su libro “Del supremo bien y del supremo mal” decía : “Pues quien desee vivir de acuer-

do con la naturaleza debe partir del estudio de todo el mundo y de su gobierno. Nadie puede juzgar rectamente sobre los bienes y los males sin haber conocido todos los principios que rigen la naturaleza.....”. Para él, “la naturaleza es la más bella de las normas”. Sus palabras no vienen sino a hacerse eco de las pronunciadas por Crisipo de Soli, filósofo de la Escuela Estoica, mucho antes: “No existe otro medio, o al menos no uno más apropiado para llegar a la definición de las cosas buenas o malas, de la virtud o la felicidad, que el partir de la naturaleza común y de la norma que rige el mundo”. A modo de curiosidad mencionar que Crisipo, tuvo una muerte muy especial al morir de risa tras darle vino a su burro y verlo en ese estado, intentando comerse un ficus.

No he pretendido otra cosa con estas líneas que poner de manifiesto la preocupación ya sentida por los antiguos filósofos y por los contemporáneos como el francés Luc Ferry, propulsor actual de las mismas, para hacer un recordatorio acerca de la importancia que hoy día damos a las personas y las cosas, no siempre desgraciadamente siguiendo las pautas de estos grandes maestros del pensamiento. No perderíamos el tiempo si recapacitásemos un poco sobre todo ello.

Na cama con Rajoy e Onetti

JAUREGUIZAR



SUFRO UNHA saúde de ferro. O meu soño central é que un asesor coma Pedro Arriola me bisbe ao oído que me meta na cama durante ano e medio, ata as vindeiras eleccións xerais. Eu, de estar na barba de Rajoy, aproveitaría ese prazo de barbeito para encamarme e ler a xeito de Onetti, que unha mañá reparou no temor a que Biche, o seu fox terrier, lle trabase unha perna e non volveu erguerse da cama. A súa muller baixaba pola Cuesta Moyano e traíalle o único que precisaba: libros. Se eu estivese tras as gafas de Rajoy, meteríame na cama ata 2012 para ler os libros perdidos que andan orfos pola casa sen unha ollada que os agarime. Comezaría polos últimos. ‘A ditadura da incompetencia’ (2.0 Editora), no que un furibundo Xavier Roig turra contra as estruturas, castiga as macroestruturas e bate contra as infraestruturas. Non hai funcionario ou sector público que se libre do seu intento de poñelo roibo por delicto de lesa lacazanería. Noutro extremo sitúase a novela ‘Hilo musical’ (Alpha Decay), dun barcelonés Miqui Otero, que -malia que el o ignora- foi concebido en Mondoñedo -«pueblo de piedra fría y olor a pan», escribe durante as San Lucas de 1979. Otero denuncia, con retransca e boa letra, a experiencia dun parado que acepta un traballo humillante e mal pagado nun parque de atraccións. Máis claro teno Malpica, o personaxe que trazou Rivas para ‘Todo é silencio’ (Xerais): «Mentres se traballa non se gaña diñeiro». Aínda que el se desminta amoreando unha fortuna no contrabando. A cama, dende logo, non é para traballar, como ben sabemos Arriola e máis eu, por moito que Proust botase anos mergullado na súa buscando o tempo que lle esvarara entre os dedos.

El Hospital Provincial

LA PRIMERA vez que entré en él fue, niño niño, para una extirpación de amígdalas, que duele menos si se las sacan a tu hermano y tú te beneficias luego del flan. El Provincial nació de una cofia mendicante y alada -las monjas trabajaban gratis- y rodando sobre camilla de levita y contera se hizo adolescente en pisos de baldosa triste y bien fregada, aparatos de rayos que lo eran más de relámpagos y anestesia que consistía, opcionalmente, en poner “droja nel Cola-Cao”, cloroformo low cost o calcetarle un hostión hipnótico al paciente (Es coña). Sus galerías sirvieron a un rodaje en el que la Administradora confundió a una ats joven

BERNARDO SARTIER



y novata, núbil, bella y pudibunda con una actriz: -”...¿usted es Ornella Mutti?” -“...no, no, yo soy Efigenia, la nueva”; -“ni nueva ni leches, dígame al director y a sus amigos que hagan menos ruido, que esto es un hospital”. Y es que aquella Administradora gestionaba con peinado inalterable, mandaba con bastón disuasorio y dirigía con voz de matrona bondadosa. En el Provincial seccionaban el gastral: la enfermedad avanzaba sin dolor, lo mismo que la traición marital inocua cuando uno

no ha entrado, aun, en el conocimiento cornijero. En Psiquiatría recuerdan a los celadores intentando reducir a un enfermo que no cesaba de proporcionarse placer onanista mientras gritaba fuera de sí “deixádeme darlle corda ao reloj”, evidente -aunque disculpable- confusión de su masculina virilidad con un Rolex (los diseños de la enfermedad mental son inescrutables). O aquel ordenanza que llegó a Urgencias manifestándose diabético y solicitando se le administrase “Isolina” (No es coña). Temo ahora que desmantelen el Provincial convirtiéndolo en gueto de ancianos a los que ocasionalmente se les organiza una pasantía de Tai-Chi con fotografías

de prensa. Serían unas gracias de despido improcedente para quien curó mucho, a muchos, mucho tiempo, con mucho sudor; sería una patada en el culo al sitio donde los pontevedreses se lo hicieron mirar largo tiempo. Sí, es verdad que no había neumología, pero teníamos el humo de la Faria de Angelito que nos iba aviando; ni cuidados paliativos, pero el cura administraba unas extremaunciones garantizadas; ni catering, pero la cocina hacía unas cojonudas empanadas de bacalao con pasas bajo las directrices sabias de Doña Amalia. Por eso y porque ni el más moderno hospital ha logrado evitar que sigamos muriéndonos, Provincial forever.